

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

AÑO XV

MADRID, 7 DE FERRERO DE 1909

NUM. 689



EL SAINETE DE ACTUALIDAD

«Aquí hase farta un hombre.»



CEDEFÓN

OFICINA CENTRAL
SEVILLA, 12 Y 14

DIRECCIÓN:
SERRANO 55
MADRID

NÚMERO
10 CÉNTIMOS

SUSCRIPCIÓN

España: Semestre, 3 pesetas
Año, 5 id

Extranjero: Año, 8 francos

COSECHEROS POLÍTICOS

Conservación indefinida y garantizada de los vinos mauristas, por débiles que sean, empleando

EL MAURAFENOL

Arreglo de toda clase de proyectos agrios, leyes agrí-dulces y amargas mancomunidades.

Catálogos y consultas gratis del régimen de Administración local.

En Madrid, LEALTAD, 18

LABORATORIOS DE QUINQUENIOS

Quintos. Los jóvenes prontos á entrar en quintas y en teatros para pronunciar discursos, no deben hacer contratos con nadie sin enterarse antes de la Sociedad que ofrece más garantías. Dirigirse á las oficinas del BLOQUE.

Víctimas de la desgracia

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago **MOORYS'S, 19, rue Mazagan, PARIS**, que envía gratis su curioso librito

**EL MEJOR, EL MAS ESPUMOSO
E HIGIENICO DE LOS JABONES**

ES EL

JABON HIEL DE VACA



MARCA "LA GIRALDA"

SOLICÍTESE EN LAS PRINCIPALES PERFUMERÍAS DE ESPAÑA
Y EXIJASE SIEMPRE LA MARCA REGISTRADA

BUENOS AIRES. Importadores: Garcia Hs. y Carballo, Almacén de «El Imparcial», Victoria, 1.001.
CHILE. Unicos importadores. Nieto y Compañía, Valparaíso y Santiago.
HABANA. Importadores: Dr. F. Taquechel, Obispo, 27; «El Fénix», de Hierro y C.ª, Obispo, 68
MÉXICO. Agentes generales: Casal y Charles, Apartado 2.530, México.
SANTIAGO DE CUBA. Importadores: Goya, Gutiérrez y Compañía (S. en C.), Sagarra baja, num. 9

SOLUCION CORRE

á base de **MAURHIDRO-AUGUSTADO DE TAL**

ORISIS, ANEMIA, PRESUPUESTISMO, ENFERMEDADES DE
LOS CRESOS, BANQUEXIA, ESCROFULAS, INABUNDANCIA,
ETCÉTERA, ETC.

El mejor alimento para los niños mauristas y sus nodrizas.

LEVADURA CORRE

(LEVADURA SECA DE ESPUMA DE CERVEZA)

Para todas las enfermedades que dan lugar á DISCUSIONES
PARLAMENTARIAS, como ACITIS, FIEBRE PATRIÓTICA,
GASTRO-LIBERALITIS, NACIONALITIS, SOLIENCORREAS
ETCÉTERA, ETC.

CORRE, Calle de la Lealtad, CORRE

Y EN LAS SUCURSALES CORRESPONDIENTES

ELOGIADO POR "AZORIN"
(LA MAS ALTA RECOMPENSA)

PLANCHADO CON LUSTRE

alcanzado por muy pocos

con el **Almidón Maurista**

MARCA

"LA JACA EN LA CACHARRERIA,"

(patente de invención)

que se expide en **DECRETOS**
en todas partes.

EXPOSICIÓN DE BARCELONA
1908

DOMINGOS DE GEDEÓN



Qué te ha parecido, Calínez, el resultado de la sesión patriótica?

—¡Cómo...! ¿Hemos tenido otra sesión patriótica? ¡No me he enterado, Gedeón, no me he enterado!

—No confundas las especies, Calínez. Ni tú ni yo, que no somos conservadores, ni mauristas, ni nada parecido, podríamos caer en el error de creer que son patrióticas todas las sesiones en que interviene el excelentísimo señor presidente del Consejo. Así, pues, al hacerte mi pregunta no me refería á las últimas funciones de tarde parlamentarias.

—Entonces no extrañarás mi contestación...

—Me extrañaba un poco, por si acaso envolvía una ligera censura á mi acrisolada independencia.

—Hombre...

—Tranquilízate, que con tu franqueza quedo satisfecho. Pero bueno es que insistamos en nuestras ideas de siempre, aunque ahora no se lleve mucho esta virtud de antaño, convertida en vicio por nuestros modernos tratadistas políticos: la consecuencia.

—Insistamos.

—Debemos declarar también, para que nadie nos tache de injustos y de apasionados, que si nosotros no creemos que son patrióticas todas las sesiones iluminadas por la divina palabra de D. Antonio, tal vez lo sean. Si él así lo cree, sus amigos lo dicen, sus admiradores lo aseguran y sus colaboradores lo propalan, ¿no estaremos nosotros equivocados al propalar, asegurar, decir y creer lo contrario?

—No, no estamos equivocados.

—Abandona, Calínez, por un momento la firmeza de tu carácter y bálancéate conmigo en el columpio de la duda, grato á los hombres del presente. Sí; puede que estemos equivocados... Pero también puede ser que no sepamos apreciar estas sutilezas.

—En este caso, allá voy... Déjame un sitio en el columpio.

—¿Te acuerdas, Calínez, de cierta frase, extraída de un drama popular que estuvo de moda hace pocos años?

—Díla, á ver si la recuerdo.

—Sí, hombre, sí... Aquella de «vamos á hacer humanidad nueva».

—No la he olvidado, en efecto... Se la decía un ciudadano á una ciudadana, para justificar lo que él creía amor, y acaso no fuera sino entusiasmo momentáneo... La pareja se largaba, contentísima, saltando por encima de la ley, y soltaba la frase, que

no es fea, hablando francamente: «¡Vamos á hacer humanidad nueva!»

—Te felicito por tu memoria, Calínez, que es superior á la que presentó Rodríguez San Pedro sobre eso de la escuadra, y, desde luego, más ligera.

—Muchas gracias.

—Y ahora te diré que esa frase y esa escena se han reproducido con una ligera modificación... ¿No crees que ese es el verdadero significado de la actitud de Maura y de sus colaboradores...? D. Antonio, para justificar lo que él cree amor á la Solidaridad, y acaso no sea más que entusiasmo momentáneo, se une con ella, salta por encima de lo estatuido, y dice, dirigiéndose al respetable público: «¡Vamos á hacer patria nueva!»

—¡No está mal traído!

—Lo malo es que el respetable público se queda un tanto confuso al comprender que no es una novedad ese salto atrás, y que acaso no beneficie más que á los saltarines.

—Vamos, sí; que en vez de hacer patria nueva, van á poner como nueva á la que disfrutamos.

—Exactamente.

—Pero dime... Ya que no te referías á las últimas funciones de tarde parlamentarias, ¿qué me quisiste decir con tu pregunta? ¿A qué sesión patriótica te referías?

—No creas que á la del jueves, aunque podía referirme á ella. Y ya ves que no quiero aprovecharme de las circunstancias para censurar á quienes las presentaron

—¿Te refieres á la interrupción de Maciá?

—Sí. O mejor dicho, á lo que dió lugar su imprudencia. Un comentario tan áspero y tan injusto y tan inadmisibles como el suyo proporcionó á D. Segis un gran triunfo.

—Tienes razón.

—Como que yo también le aplaudí en aquel momento con entusiasmo. No precisamente por él, sino por lo que entonces significaba.

—Era una especie de símbolo, ¿no te parece?

—¡Ya lo creo! Y fijate cómo siempre, ó casi siempre, los símbolos los hacen las circunstancias.

—Esa puede ser una nueva teoría simbolista.

—No sé si será nueva, ni siquiera teoría; lo que te aseguro es que resulta una cosa indudable. ¡Mal hemos entrado en el debate de las mancomunidades! Con un incidente. ¡Y quiera Dios que no pase de uno!

—Pero fijate en que después jalean á Maura por sacar el asunto del atolladero.

—Sí. ¿Pero quien nos libra de la primera impresión?

—Bueno. Puesto que tampoco te referías á la sesión del jueves, ¿á cuál llamas patriótica?

—Hombre, pues está bien claro... ¡Si no hemos tenido más que una, aunque no fué precisamente la que esperábamos!

—Una... una... ¡Ah, sí...! ¡Ya caigo! ¡Aquella en que acordamos la construcción de la escuadra.

—Esa es. Conservadores, liberales, republicanos, carlistas, integristas y neutros, ¡todos convinieron en que deberíamos gas-

tarnos unos cuantos millones...! ¿Cabe mayor prueba de patriotismo?

—Tienes razón.

—Y ya has visto el resultado. Convocamos el oportuno concurso, se presentaron las naturales proposiciones, y al fin...

—¿Qué?

—¡Al fin solos!

—¡Cómo...! ¿Pues no se iba á encargat del asunto la casa Wickers?

—Aún no lo sabemos... Por lo pronto, se han quedado solos los ministros con esa terrible Memoria de D. Faustino, á que antes me refería. En ella se contienen todos los reparos que merece la cuarta proposición, que es la de la indicada casa... ¡Cualquiera que conozca al plúmbeo ministro de Instrucción puede suponerse lo que habrá gozado poniendo reparos!

—Y menos mal si están bien fundamentados.

—Habrá que creerlo, pues no hemos de juzgar á la ligera en estas cosas, de cuyo tan pesadas

—Y en resumidas cuentas, ¿qué?

—Pues... Que vamos á ver si Vickers quiere ponerse á tono; es decir, ceñirse á las verdaderas condiciones del concurso.

—Pero si no estaba ya ceñido, ¿por qué no le rechazaron de plano?

—Mira, mira, Calínez, nosotros no entendemos de eso... Quédense el radio de acción, las corazas, el blindaje, la cubierta protectora y demás zarandajas para los técnicos. Y creamos, en un momento de saludable optimismo, que entre unos y otros harán lo que mejor nos convenga.

—De todos modos resulta un tanto paradójico que se pida á un concursante que acepte las condiciones que ya debía conocer, puesto que á todos se les exigieron por igual. Es lo mismo que si un sastre le dijera á un parroquiano: «¡córtese unos deditos de estatura para que le venga bien este gabán que usted me ha encargado á la medida...!»

—Tanto como lo mismo, no, Calínez...

—¡A menos que se trate de un bazar de ropas hechas!

—¡No emplees esa metáfora alarmante...! Y confiemos en el porvenir. Nos quedaremos con la cuarta proposición, puesto que la casa Vickers comprenderá que debe acceder á nuestro ruego; es decir, al ruego de los señores del Consejo. Se harán los barcos, tendremos escuadra y los nietos de nuestros hijos la verán airosa por esos mares.

—¡Los nietos de nuestros hijos! ¡Como quien no dice nada!

—Y fijate en que este resultado es el mejor de cuantos podíamos esperar. La casa Vickers no es la casa Vickers, sino la llamada Sociedad Española, en la que figuran los Altos Hornos, la Duro-Felguera, la Basconia, la Transatlántica y otra porción de casas del país, en unión de las de Brown Armstrong y otra porción de Limited...

—¡Eche usted casas...!

—¿Verdad?

—Ya decía yo que eso de la escuadra iba á ser un pueblo!

TUVO RAZON...

Ganas me dan de imitar
por un momento á *Azorin*,
poniéndome á celebrar
el sorprendente magín
del insigne mallorquín
que nos vino á gobernar.
Porque es preciso estar
en su eminente virtud,
en su excelsa juventud,
en su indudable valer
y hasta en su similitud
con los genios del poder.
¿Quién se atreve á ser el bis
de este grande hombre sin par
que quiso desarreglar
y desarregla el país?
¿Acaso es grano de anís
su método singular?
¡Tuvo razón!
¡Nos hace, desde arriba,
la revolución!

¡Tan alta esta su mercé,
que á nadie á su altura vil
¡Si casi no se le ve
y eso que van hacia allí
los ojos, y hasta la *mui*,
de los que en él tienen fe!
¡Salve al nuevo Jehová
nuestro adorado Señor,
que luego descansará,
después que, con buen humor,
saque un mundo de la *na...*
(De la *nada...* fué un error.)
Si está en esa excelsitud,
no es necesario advertir
que fué de gran magnitud
la verdad de su decir
al querernos prevenir
y al brindarnos la salud...
¡Tuvo razón!
¡Nos hace, desde arriba,
la revolución!

Hombres incautos, mirad
cómo se acerca á su fin
(que es el de todos) su afín...
¡Esa Solidaridad
que soñó con el fajín
y la mancomunidad!
¡Ya se expande la región
pensando en glorias de ayer!
¡Ya se mete en un rincón
eso del central poder,
que era un algo de buen ver
y una «desaborición»!
Y eso es descentralizar
aunque lo niegue el atún:
convenir al buen tun tun
en que hay que supeditar
siempre el interés común
al *idem* particular...
¡Tuvo razón!
¡Nos hace, desde arriba,
la revolución!

Todo es igual, como ves,
¡oh ciudadano infeliz!
Tenemos, como el inglés
(salvo, es claro, la raíz)
la Irlanda y el entremés
y la escuadra y la nariz...

Para acabar el favor
que la innegable bondad
de Maura nos hizo, por
nuestra triste realidad,
¡se hizo del conservador
partido la Libertad...!
¡Imitemos á *Azorin*
entonando himnos sin fin
de Maura á la excelsitud,
y á su terrible virtud,
y á su eminente magín,
y á su soberbia actitud...!
¡Tuvo razón!
¡Nos hace, desde arriba,
la revolución!



DICCIONARIO GEDÉONICO

ADVERTENCIA.—Escrito breve y circunspecto que suele ponerse al principio ó al fin de un libro, como también en un periódico, ó donde se quiera. A pesar de que es la brevedad su condición primordial, hay libros que publican advertencias de diez ó doce páginas. Un discurso de Rodríguez San Pedro es ya en sí mismo una advertencia de esta última clase.

ADYACENTE.—En la esfera de las molestias generales, el Sr. La Cierva es el adyacente de Maura. Porque es el que está más próximo.

AERONAUTA.—Viandante del porvenir y deportista en el presente.

AFABLE.—Lo que debería ser Primo de Rivera cuando discute en el Parlamento.

AFANAR.—Verbo que, en su acepción callejera, circula todavía bastante por la Administración pública y por la particular.

AFANÍPTERO.—Insecto chupador que suele afiliarse á cualquier partido político para ejercer á su gusto las funciones de su naturaleza.

AFEITAR.—Ocupación favorita del creador de la revolución desde arriba. ¡A todos nos afeita! Y en seco, que es lo peor.

AFEMINADO.—¡Uf...! ¡Zape...! Corramos un velo sobre esta palabra, aunque se quede con él quien la merezca.

AFICIONADO.—Que cultiva algún arte porque le da la gana. Actualmente, los *cines* y salones están repletos de aficionados que se dicen autores dramáticos.

AFINIDAD.—Parentesco espiritual entre mauristas, carlistas, clericales y solidarios de la derecha... ¡Vamos por la izquierda, caballeros, que por la otra hay barro!

AFLOJAR.—Misión que traerá al mundo, cuando al fin se apruebe, la ley de Administración local, con respecto á los consabidos respetables lazos.

AFORTUNADO.—¿Quién lo es más que su excelencia...? (Su excelencia por *antonio-masia*).

AFRANCESADO.—Casi todo lo que se dice, se hace, se piensa y se escribe en España, aunque cueste trabajo el confesarlo.

AFRODISÍACO.—Especie de género de la literatura novísimo, que se supone muy espiritual y es todo lo contrario.

AGACHARSE.—Lo que acaba de hacer don

Eugenio ante D. Segis, cuando todos esperábamos que el verbo se iba á conjugar á la inversa... ¡Allá se las entiendan después de todo!

AGALLAS.—Principales resortes de gobierno de D. Antonio, según dicen sus panegiristas.

AGAPE.—Almuerzo casi fraternal, ofrecido por los presidentes del Consejo á sus ministros en cada aniversario de su gobierno.

AGARBANZADO.—Adjetivo que aplican los escritores y artistas, menores de treinta años, á los trabajos de sus compañeros que pasaron de esa edad.

AGARRADA.—Nombre familiar con que designamos el torneo oratorio de dos hombres públicos, que se increpan en el salón y después se abrazan en los pasillos.

AGARRADO.—Baile popular, prohibido en algunas regiones en nombre de la patria chica. Se aplica también, como el adjetivo más propio, al Mercurio del partido liberal.

AGENDA.—Especie de librito donde apuntamos las cosas que tenemos que hacer, y que no hacemos nunca, generalmente.

AGIO.—Verdadero nombre de una porción de cosas que en la vida pública se llaman con otros más pomposos.

AGITAR.—Se aplica, por lo común, á la opinión, y se dice de los que dedican unos cuantos discursos á los amigos y curiosos de Madrid y provincias.

AGOBIAR.—Efecto que producen los discursos políticos de D... y los académicos de D... ¡Para qué vamos á repetir sus nombres!

AGORA.—Nombre que dan los helenizantes cursis á los mitines de nuestros días, que no tienen nada de griegos, como es sabido.

AGOSTO.—El más simpático de los doce meses del año, sobre todo para los que se lo hacen desde donde pueden.

AGRAZ.—Uva sin madurar y zumo que se saca de la misma. También se dice de las personas ó cosas que empiezan á enseñar su porvenir. Puede, por lo tanto, aplicarse á Gabrielito, ya que acabará por comerse el racimo.

AGREGADO.—Situación por que suspiran los jóvenes bien parecidos y no mal surtidos, con respecto á las Embajadas de más tono. En la actualidad puede decirse que D. Melquiades es un agregado al partido liberal, ya que está en él, aunque sin plaza efectiva.

AGRICULTOR.—Hombre que canta las labores del campo, y también el que las estudia. Todos los que las hacen se llaman labriegos.

AGRICULTURA.—Arte antiguo que empieza á considerarse como ciencia y que figura entre los programas políticos y entre las aficiones particulares, en vista de que se lleva mucho desde que descubrimos la meseta castellana. Todos saben que Gedeón es el segundo agricultor de España.

AGRUPAR.—Labor en que anda empujando D. Segis, mientras D. Eugenio se dedica á la contraria.

AGRUPARSE.—Operación que realizan los concurrentes á todos los banquetes, para salir en las instantáneas de los periódicos ilustrados.





FN EL HELADO POLO DEL ENTUSIASMO

LOS PINGUINOS.—¡Cómo gobierna! ¡Cómo habla! ¡Cómo calla...!
Indudablemente, éste es nuestro hombre.

ANIMALES CELEBRES

Linares y Rostand, ó, dicho de otro modo, Edmundo y Manolo, han puesto de moda en el teatro las fábulas y los diálogos entre animalitos.

En *El caballero lobo*, ya estrenado, y en *Chantecler*, próximo á estrenarse, los personajes dicen unas cuantas animaladas filosóficas.

Para ser en la actualidad crítico de teatros hay que estudiar Zoología, ó, por lo menos, visitar los domingos por la tarde la Casa de fieras del Retiro.

Monsieur Cavanna va á heredar la gloria de Shakespeare, y los grandes trágicos van á tener que estudiar en la selva sus papeles. Y si no en la selva, por lo menos, en «Conservatorios-menageries».

Los animales ilustrados están en auge, y hoy todo el mundo hace sus correspondientes chistecitos á propósito de esa nueva manía que se ha iniciado en las dos obras citadas.

En *Chantecler*, el protagonista es un gallo.



El gran Coquelin estaba encargado de representar el personaje.

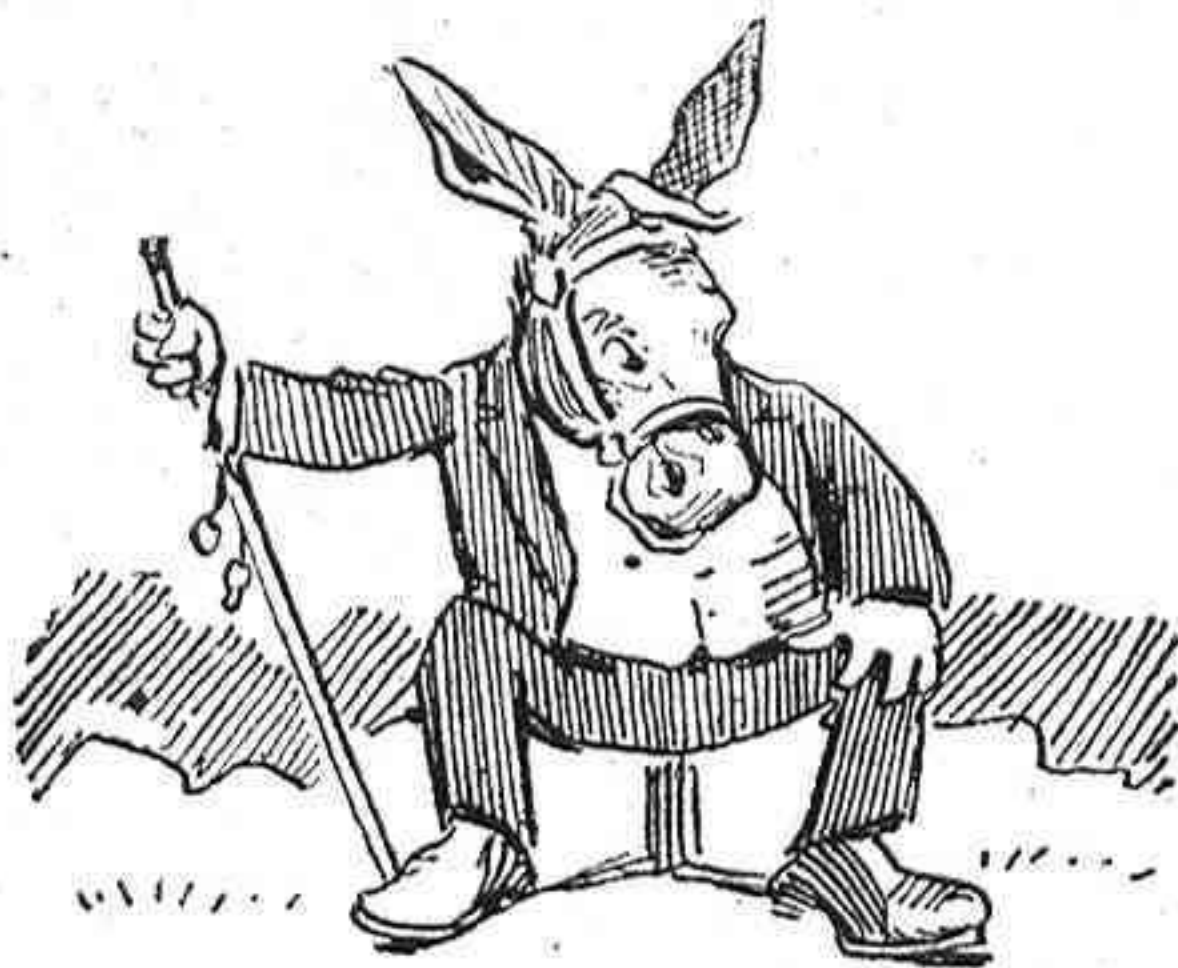
Pero de pronto *le gran Coq* fallece, y al encontrarse sin gallo los franceses han tenido que aplazar el estreno.

Bueno, pues aver un ingenioso decía á un amigo suyo:

—¿Sabes por qué no se hace ya el gallo Chantecler...? Pues porque el gallo, antes de cantar claro, *ha hincado el pico...*

Estos partidarios del chiste fácil no retroceden ni ante un cadáver. La prueba es que el amiguito que escuchaba la tontería contestó así:

—¡Lástima grande, porque la intervención del gallo aseguraba un éxito ruidoso...! ¡Un éxito de *gallinero...*! (Ja, ja, ja.)



Pues los que se dedican a jugar del vocablo con *El caballero lobo*, también son unas fieras para el gracejo.

En fin, lo cierto es que hoy apenas si se

escucha otra cosa que conversaciones acerca de hombres y animales. El afán de atribuir á las personas cualidades de los seres inferiores nos entusiasma. Y las comparaciones están á la orden del día.



Nosotros conocemos á un señor que llama á Odón de Buen «la señora cotorra», sin duda porque le ha oído en el Senado.

Y como este amigo nuestro hay otros muchos que llaman á Cambó «el caballero cuco» y á Cristóbal de Castro «el Bachiller Chantecler...»

Los animales están *la mar de costosos*, pues con la moda actual se van á hacer célebres. Por más de que animales célebres siempre los ha habido, y muchos han dejado huella inmortal de su paso por la tierra.

La fama de *Babieca*, de *Inciatus*, de *Bucéfalo*, etc., etc., es mayor que la de muchos *babiecas* de la especie humana, de los que hoy nadie se acuerda.

Gedeón, que también tiene su vellocino célebre, se ha documentado estos días en animales famosos, y si quisiera les diría á ustedes quiénes fueron el toro de Europa, el caballo de Troya, el perro de Montargis, el león de Androcles, la cierva de Sertorio y hasta La Cierva de Ossorio y Gallardo.

Pero Gedeón no quiere colocar á sus lectores erudición de *perro-chico* (¡he aquí otro perro tan famoso como el de Montargis!), y va á decirles á ustedes en voz baja otros animalitos que él juzga mucho más famosos que los citados.

Para Gedeón, ni el león de España, ni el león de Androcles, ni los leones del Congreso, tienen mérito ninguno. El león más célebre que nuestro amigo conoce es el León... y Castillo de nuestra Embajada en París. ¡Ese sí que es una fiera agarrándose al cargo...!

Con los toros le sucede igual á Gedeón. Ni el toro de Europa, ni el de Falaris, ni el de Creta le entusiasman. Donde estén los toros de Miura, que se quiten los demás en cuanto á dar qué hablar de ellos. Y eso que aquellos tres se traían sus intenciones, y el segundo era tan marrajo, que fué fogueado con el propio ganadero dentro.

Famosos fueron, dentro de la raza caballara, el caballo de Troya, los caballos de Calígula, del Sid, del conde Fernán-González y los caballos de la baraja; pero para Gedeón el caballo más interesante es el de las mancomunidades, verdadero *caballo de batalla* en el proyecto de ley de Administración local.

Más famosa que el águila de Júpiter le parece á nuestro compañero el «Aguila» do-

rada y hasta el *«Aguila»* que dotó á La Cierva de su lindo ropaje.

Gansos más grandes que los del Capitolio, en cualquier parte los halla Gedeón, y el oso de Don Favila es un pobre oseño comparado con los que conoce nuestro ilustre amigo en la vida literaria.

Otros animales célebres conoce Gedeón, tales como el ápid de Sánchez Toca, el ratón de Sánchez Guerra y la cabra de Vadillo; pero ninguno de ellos es tan peligroso como el cuervo clerical, la urraca hacendista y la tortuga administrativa.

Con todos estos animalitos podía muy bien Gedeón hilvanar una fabulita al uso para representarla en cualquier teatro Nacional de los que dictamina el hijo de Picón en el otro teatro, también nacional, de las Cortes; pero no quiere nuestro entrañable socio hacer la competencia al *Caballero lobo* ni á *Chantecler*.

Y eso que morder sabría tan bien como el protagonista de Linares. Y en cuanto a cau-



tar claro, y á *levantar el gallo...* ríanse ustedes de Rostand.

Y si quieren, ríanse ustedes también de Linares.



DIALOGO FARANDULERO

Se puede, Gedeón?

—Pasa, Calínez

—¿Se fué ya Titta Ruffo?

—Te digo que estoy solo. Titta Ruffo se marchó; debutará el martes en Monte-Carlo.

—¡Anda! ¿Y para eso tenía el hombre tanta prisa en despedirse?

—Me alegro, por la empresa del Real.

—¿Por qué?

—¡Toma! ¡Porque no tiene que abonar un céntimo de indemnización á la de Monte-Carlo. Figúrate si no debuta allí el día 9, ¿dónde está el perjuicio?

—¡Pues entonces no lo entiendo! ¡Ni instrumentado por Lamothe de Grignon!

—¿Qué es eso de Lamothe? ¿Acaso un nuevo aperitivo?

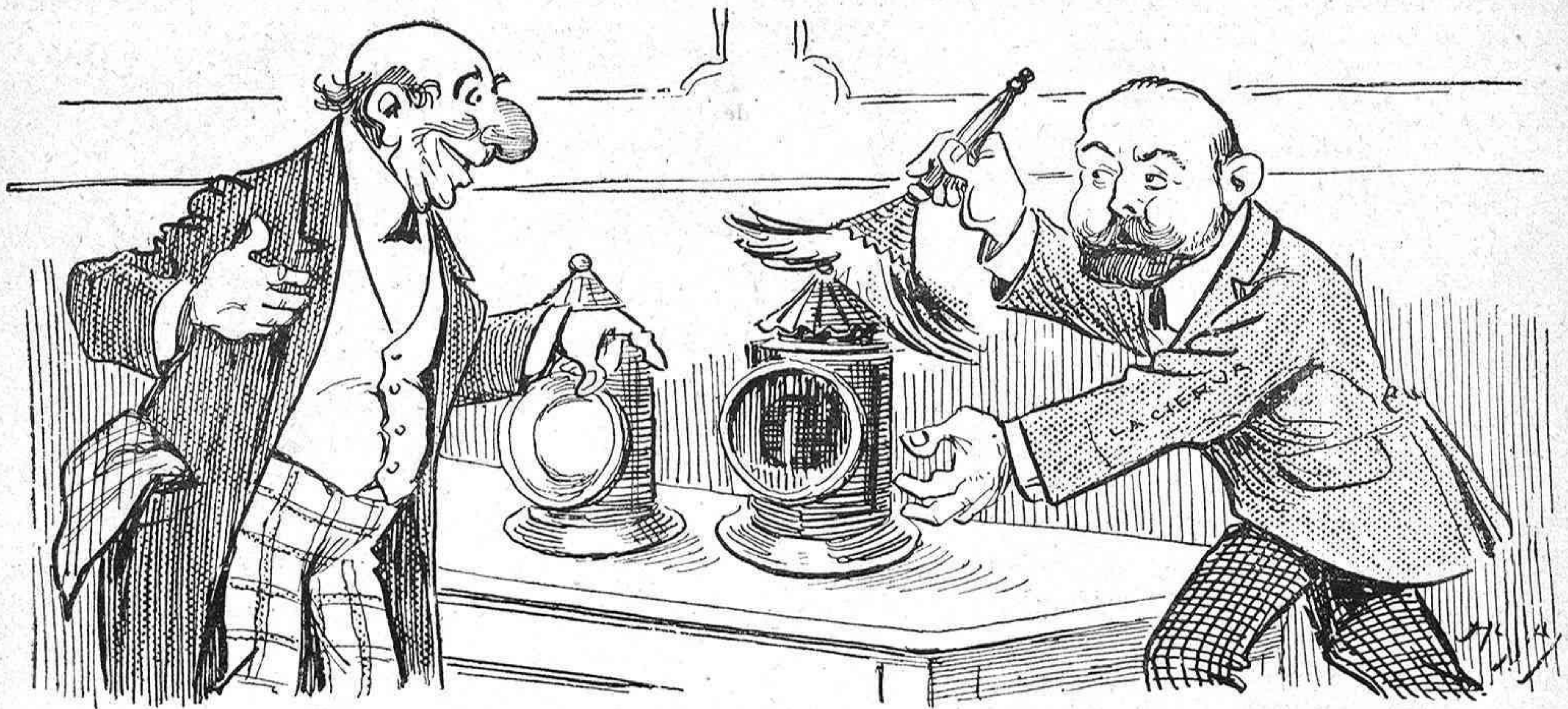
—No, hombre, es el autor de *Hesperia*, ópera ibero-romana que se ha estrenado en el regio coliseo.

—¿Y qué tal?

—Te diré. Lamothe es un técnico, y con esto te digo bastante, porque ya sabes el horror que les tengo á los técnicos.

—Sí, técnico generalmente se le llama al autor de una ópera que no la entiende nadie.

—Justamente. Por lo demás, está bien armonizada y orquestada. Lamothe es tan exagerado en sus afectos por la patria chica, que ha escrito todas las indicaciones de la partitura en catalán.



LA CIERVA, PREVISOR...

GEDEÓN.—¿Qué hace usted, señor ministro?

LA CIERVA.—Ya lo ve usted... Limpio estos faroles, para tenerlos preparados...

GEDEÓN.—¡Hombre de Dios! ¡Pero si todavía faltan cuatro meses!

—¿Qué me dices?

—Lo que me contaron. Ya sabes que todos los compositores del mundo han aceptado el italiano para la indicación de los tiempos; pues Lamothe no, y donde debe decir *pianissimo* ha escrito *casi res*.

—¡Estupendo! ¡Casi res!

—Pero, en fin, la música puede pasar, pero el libreto, el poema, ó lo que sea, que diría Maura, ¡res!

—Bueno, ¿pero qué pasa en *Hesperia*?

—Hesperiate, que voy á contártelo tal como lo vieron mis ojos.

Aparece Hesperia cortando leña de los árboles del segundo término precisamente. A su lado, Ansos, su padre, que está en plena convalecencia, se entretiene en construir un tirador para cazar pájaros y descalabrar al primer hijo de Roma que pase por allí.

—¡Toma! ¿y por qué?

—Porque Ansos es antisolidario, ¿no comprendes?, y amigo y admirador de Indivil, que es novio de la chica. Bueno, pues Hesperia, cansada de decirle á su padre: ¿quién corta?, como si estuviera tallando, va la pobre y canta lo siguiente:

«De noche y día
mi alma soñó
con el recuerdo
de un amador.»

—¿De un amador? ¿Y qué es eso?

—Pues un oficio. ¡El amador! ¡El afilador! ¿No te suena á cosa parecida? ¿No lo ves vocear y todo?

—Y el padre, ¿qué dice?

—El padre la contesta que no cante, que está el horno para bollos; pero, vamos, se lo dice con buenas formas, que Ansos es un ibero muy correcto:

«¿Por qué cantas, hija mía,
cuando en nuestra patria hermosa
suenan fuertes
los cantos de guerra odiosa
por doquier?»

—¡Vaya si es fino el hombre!

—¡Por doquier le mires! Indivil, en un momento que tiene disponible, viene á ver á su amada Hesperia y la convida, ¿a qué dirás tú?

—¿Qué sé yo!

—¡A reposar! ¡Le sale barato el obsequio!

«Mi fe de enamorado
á reposar por siempre te convida.»

—Sobre la última nota de Indivil—dice el libretista—ábrese la puerta de la cabaña, apareciendo Hesperia; sorpresa de ambos. ¡Figúrate, no es para menos! ¡Abrirse la puerta de una cabaña sobre una nota del tenor!

—¡Casi res!

—Hesperia é Indivil se dicen unos cuantos ripios en su inimitable dúo.

El la dice:

«Recelo, mi Hesperia,
de hacerte feliz.
¿Será mi cariño
indigno de ti?»

Ella le contesta: «¿Qué cosas tienes, Indivil!»

Los dos, de común acuerdo, quedan abrazados, sorprendiéndoles papá Ansos, que sale á ensayar su tirador. Ansos se alegra de ver á Indivil tan bueno y le ofrece su cabaña.

«Y ahora, Adalid, si os place reposar,
abierta está mi casa,
cual veis, de par en par.»

Y contesta Indivil:

«Entremos, pues, quiero gozar
de tu hospitalidad.»

Indivil se mete en la cabaña para gozar un rato; pero, ¡ca!, no le dejan. Mandonio sale con su gente, llamándole con mucha urgencia.

«¡Indivil! ¡Indivil!
¿Do se halla el caudillo?»

Ansos, entusiasmado, se une al pelotón de los torpes y le pide á su hija las armas; ya sabes, el tirador y un charrasco que tie-

ne. Pero á punto de partir, aparece el anti-pático Escipión con la alegre trompetería romana.

Como Ansos se pone un poco tonto, lo trincan y le amarran á un árbol, lo mismo que hacen los atraecedores con sus víctimas.

Hesperia le dice á Escipión, ¡casi res!, que su prometido Indivil la vengará. Escipión, que el oír el nombre de Indivil le hace el mismo efecto que si le mentasen la bicha, exclama

«¡Oh! ¡Rabia! Tres veces. ¡Oh, doncella!
Vencióme tu amador,
empañando de mi estrella
el vivo resplendor.»

—¡Y al fin...!

—Escipión la requiere de amores, y ella le promete ser suya si salva á su señor padre. Escipión cumple su palabra, y se interna cabaña adentro con Hesperia. Pero la choza ¡vaya si se las trae! ¡No hay quien disfrute cinco minutos de reposo! Apenas ha entrado, Indivil, con su estudiantina, aparece en lo alto de la montaña. Escipión, que es un pasional, antes que Hesperia sea de su enemigo, la hiere; pero Hesperia, de regreso, con la misma arma mata á Escipión.

—¡Zambomba!

—Indivil, al verla chorreando y en las últimas, se desespera y dice con voz lúgubre

«¡Oh, dioses, dioses de Iberia!
¿por qué me abandonáis?
Ya que la muerte condenó á Hesperia,
¿por qué con vida estoy?»

Mientras Indivil es víctima de estas interrogaciones, la pobre Hesperia dobla á los pies de su amador. El coro entona un canto de victoria por haber vencido á los romanos, é Indivil canta con mucha razón:

«¿Qué me importa que el sol de la victoria
vea brillante arder,
si la sombra cruel de la tristeza
hunde en tinieblas mi ser?»

—¿Qué te parece?

—¡Recuerdos á Mandonio!



EN EL BAILE

GEDRÓN. — ¿Lo estás viendo...? ¡Como eres tan ridículo, nadie quiere bailar contigo!

Los antófagos ó el último grito culinario



o se asusten ustedes.

No se trata de una nueva y terrible especie de salvajes ó de indios pieles rojas.

Los antófagos, por el contrario, son gentes muy cultas, muy finas, muy delicadas...

Son los que se alimentan con flores. Son los impacientes que se comen el fruto *antes de que cuaje*.

Todavía no hemos digerido la alimentación vegetariana, y cuidado que es fácil aun para los estómagos más holgazanes, y ya tenemos sobre el tapete otro sistema de nutrición última novedad.

Esta moda culinaria es de figurín inglés, y, según parece, son ya muchos los antófagos que se han adherido á la idea.

Hasta ahora, la flor preferida por los *gourmets* británicos es la del cardo, emblema representativo de Escocia, aunque el bacalao tiene mayor derecho; pero todo es cuestión de suerte, y después del cardo, que admite varios guisos, gustan mucho las flores de acacia, fritas ó rebozadas, y las de capuchina al gratín ó en ensalada.

A nuestro país no ha llegado todavía la moda; pero ya llegará.

Aquí, hasta ahora, no conocemos más que los comedores de verduras (porque la carne está cara), los comedores *de gorra* y los comedores del presupuesto, que son infinitos.

Los comedores de flores no existen aún. Y es una verdadera lástima.

Porque, según cuentan los *iniciados* en esta costumbre, tal género de alimentación es sabrosísimo.

—Nada hay tan delicioso—dicen—como unas *chuletas de geranio* con un poco de ensalada de *claveles dobles*.

Puede que tengan razón, pero á nosotros no nos convence el sistema.

Nos parece poco nutritivo y de muy peligrosa implantación en nuestras costumbres.

No hay español que entre en un café y se contente con pedir un biftec de azucena.

No hay señora de su casa que se satisfaga con una tortilla de rosas ó con un cocido de nardos para nutrir á toda su familia.

Podrán los japoneses comer crisantemos á pasto; pero aquí no somos japoneses ni mucho menos (¡qué más quisiéramos nosotros!).

La manía de comer flores tardará en implantarse en España, y eso que hay *fenómenos precursores* que revelan cierta afición á la *antofagia*.

Muchos escritores modernos se comen los *pensamientos* de sus composiciones.

Algunos republicanos ofrecieron ha tiempo al pueblo alimentarse únicamente con flores de lis; pero... ¡magras! (es decir, que se decidieron por la alimentación carnívora).

Muchos señores hay que no desprecian las margaritas cuando *se las echan*.

Y hay ciertos conquistadores de oficio que ven pasar por su lado Rosas, Hortensias y Jacintas, y *se las quieren comer*.

Fuera de estos casos, no existen indicios de que abunden en este suelo los antófagos.

Sin embargo, un amigo nuestro que se muere por todo lo inglés está haciendo ensayos y una activa propaganda del sistema.

Es muy hermoso—nos decía la otra tarde—poder llevar la merienda en el ojal de nuestra levita. Bien elegida una flor, se la coloca uno sobre la solapa, se sale de paseo, y allá, á las cinco, se arranca el ramito de la *boulonniere* y... ¡adentro con él!

Realmente la costumbre de comer flores traería aparejadas escenas graciosísimas.

Al final de los banquetes diría uno de los comensales:

—Yo había pensado enviar el ramo á la señora del hombre ilustre que aquí nos congrega; pero he pensado que será mejor que nos le comamos de postre. (Claro que al ramo y no al señor, como parece deducirse de esta oratoria de seis pesetas *cubierto*.)

¡Pobre régimen carnívoro! Entre unos y otros van á relegarte á la última palatral

¡Quién sabe si dentro de poco tiempo al desgraciado que se atreva á pedir en un café un clásico y sencillo biftec con patatas no le mirarán compasivamente!

—¡Qué cursi!—dirán unos.

—¡Carnívoro!—exclamarán otros.

—¡Con una menestra de flores cordiales que hay hoy, que quita el apetito, pedir esa vulgaridad—añadirá un parroquiano.

Pero, en fin, la *antofagia* nos sea leve, y sólo por seguir la moda y darnos pisto...

A propósito de pisto. ¡Menudo puede hacerse con dos ó tres ramos de á perra gordal

Porque, eso sí, baratito no puede negarse que lo es el nuevo régimen de alimentación, y además permite una porción de combinaciones, según las personas.

Por ejemplo, para los nerviosos está indicadísimo un puré de flores de azahar antes de la comida.

Para los pacíficos tranquilos, flores de oliva salteadas

Para los religiosos, potaje de pasionarias.

Para los decadentes, ponche de lirios del valle y nenúfares.

Para señoritas adolescentes, menestra de azucenas.

Para los mayores y caleseros, *ragout* de campanillas.

Para los eruditos, bocadillos á la violeta.

Para los poetas egloguescos, frituras de flor de tomillo, cantueso, romero y aciano

Para los políticos, girasoles á la *fricandeau*.

Para los coleccionistas de postales, ensalada de pensamientos aderezada con autógrafos.

Para las casadas con apendicitis de amante, Don Diego de noche y Don Pedro de día en su propio jugo.

Para los desheredados de la fortuna, flor de mejorana á todo pasto.

E sic de caeteris.

Están indicadísimos dos *restaurants*: uno, en la Flor Alta, para las clases elevadas, y otro, en la Flor Baja, para los de segunda clase.

Tampoco es mal sitio la calle del Clavel para la instalación de otro *restaurant antofágico*.

Piropear á las mujeres con flores será muy peligroso, porque puede sorprendernos cualquier antófago que nos siga los pasos, y comérselas en nuestras propias narices.

Será un insulto enviar á una señora, como delicada expresión de nuestra amabilidad, una cesta de flores.

Valdrá tanto como si la ofreciésemos ahora un cestillo de garbanzos ó judías.

Nosotros estamos por asegurar que la afición á tan poético alimento empezará á ser sentida por las personas más conocidas de España.

Y cada una de ellas tendrá su manjar favorito.

Dato comerá con frecuencia pastel de campanillas.

Linares querrá comerse un jacinto; pero... ¡están verdes!

Melquiades Alvarez se inclinará ante las malvas-reales.

Allende, Morote y demás guapos de la política se nutrirán, ¡ay!, con narcisos.

La Tubau pondrá á su mesa un guiso de siemprevivas.

A Osma le bastará para vivir con la flor del jarro.

Y Garibaldi no llevará á su boca otra flor que no sea «la flor de Valdepeñas».

Muchos hombres célebres comerán flores de calabaza, y nosotros nos limitaremos á desear á todos los antófagos una buena digestión.

Y á propósito del modo de digerir las flores, se nos ocurre un chistecito *oloroso*, que no queremos hacer, porque maldita *la necesidad* que tenemos de hacerlo.

Y eso que no sería del todo desagradable ¡Qué rudo golpe sufre la poesía con estas cosas!

Ya pueden los poetas alojar su inspiración en otros símbolos menos prosaicos que las flores, convertidas por obra y gracia de la *antofagia* en frutos coloniales y del reino.

Admiraremos en las tiendas de comestibles títulos como éstos: «*El Myosotis*, cooperativa de consumo». «*La Orquidea*, coloniales».

Lo malo será que en estas disputas y en estos comentarios no nos sorprenda una nueva teoría que dará al traste con el régimen vegetariano y con la *antofagia*, porque realmente no admite competencia.

Y es, ó puede ser, la *camaleonafagia*, que con tanto éxito cultivan los camaleones, y que nosotros podemos ensayar cuando ustedes gusten.

La *camaleonafagia*, de la que nos reservamos patente de invención, es la última palabra del régimen alimenticio.

Y lo garantizamos.



No hemos asistido al estreno de *La pendiente*, porque creímos que un drama tan cacareado no podía ser más que la mitad de lo que se cacareaba.

¿Para qué pasar una mala noche?

Pero cuando pensábamos buscar algunas noticias de tan insignificante drama para volcarlas en estas columnas, tuvimos el gusto de escuchar á dos señores que hablaban del asunto.

Del asunto, de sus escenas y de todo lo demás.

Dijeron lo siguiente, sobre poco más ó menos:

—Y de *La pendiente*, ¿qué me dices?



MARINOS EN TIERRA

Gilínez.—Esta, como ves, querido Gedeón, es la es-
cuadra de... gastadores.

—Que no valia la pena de andar con tantos misterios.

—¡Ya! ¡Ya! ¡Estos eminentes, á lo mejor tienen sus caprichos!

—¡Pero qué hablas de eminente! Lo que yo vi no puede haberlo parido una eminencia, á menos que llamemos eminencia á Carulla!

—¡Ah! ¿Pero era de Carulla?

—¡No, hombre, de Carulla no! Te cito al padre literario de Colsa y Benelato como tipo de comparación. Si *La pendiente* hubiese sido de Carulla, ¡las salvas poéticas se hubiesen oído en todo Madrid! Ya sabes que el autor de *La mujer rica* padece de disentería poética y no se hubiese podido contener ya en *La pendiente*.

—Está claro.

—De los eminentes de la primera serie no había que pensar. Ellos mismos se fueron descartando hasta el extremo de decir «¡lagarto! ¡lagarto!» cada vez que se les nombraba la obrita misteriosa.

—¡Justo! ¡Y entonces las gentes comenzaron á sospechar de Cavestany y de Leopoldo Cano!

—¡Pero Cavestany también protestó de que se le creyera capaz de semejante cosa!

—Sí; pero alguien que estaba en el secreto de cierta misteriosa colaboración, y que conocía *La pendiente* (antes *Frivolidad*), por haber sido presentada en un concurso de

comedias que organizó *El Liberal*, tiró de la manta y, en efecto, después de ver *La pendiente*, te declaro, con la mano puesta donde quieras, que la comedia, ó lo que sea, no puede ser más que del esclavo de su primera culpa.

—¡Me dejas asombrado!

—*La pendiente*, querido Gedeón, es una comedia anticuada, con algunos apiques modernos, que se compone de un matrimonio que anda siempre á la greña á causa de una mala pécora que se interpone entre los esposos, que al final se reconcilian como en los mejores tiempos de Eguílaz; de unos cuantos importunos que no tienen otra cosa que hacer más que visitar con lamentable frecuencia al matrimonio aristocrático, y de un tío adorable, el tío Gabriel, que va y viene constantemente desde su pueblo á Madrid, sin otro objeto que el de sermonear á sus sobrinos sobre los inconvenientes y peligros de la vida mundana, enalteciendo en cambio el sosiego de la vida campestre, el grato aroma del tomillo, la mejorana y el romero.

Este tío tan pelma acaba por salirse con la suya, y por él se reconcilian sus sobrinos, que, como te digo antes, andaban en muy malos pasos por culpa de una mujer que lo había enredado todo. Esta comedia, antes de que Moyano hubiese implantado su ley de Enseñanza nos hubiera parecido formidable;

pero hoy es de las que deben cubrirse respetuosamente con un fanal para que el tiempo no pueda hacer más estragos en ella.

—¿Y salió el autor?

—¡Un demonio! Es decir, un demonio, no el Sr. Rodrigo, que tampoco sabía una palabra del secreto maravilloso y que nos dijo que *La pendiente* era original de un tal don Luis García.

—Te digo eso, porque lo acordado era que el eminente estaría en una butaca, esperando el momento oportuno para ofrecerse á las masas, que, al reconocerle, le aplaudirían con entusiasmo.

—¿Y las masas qué hicieron?

—Pitorrearse del Sr. García por lo menos, ya que no había otra parte visible de *La pendiente* más á mano.

—¡Vaya por Dios!

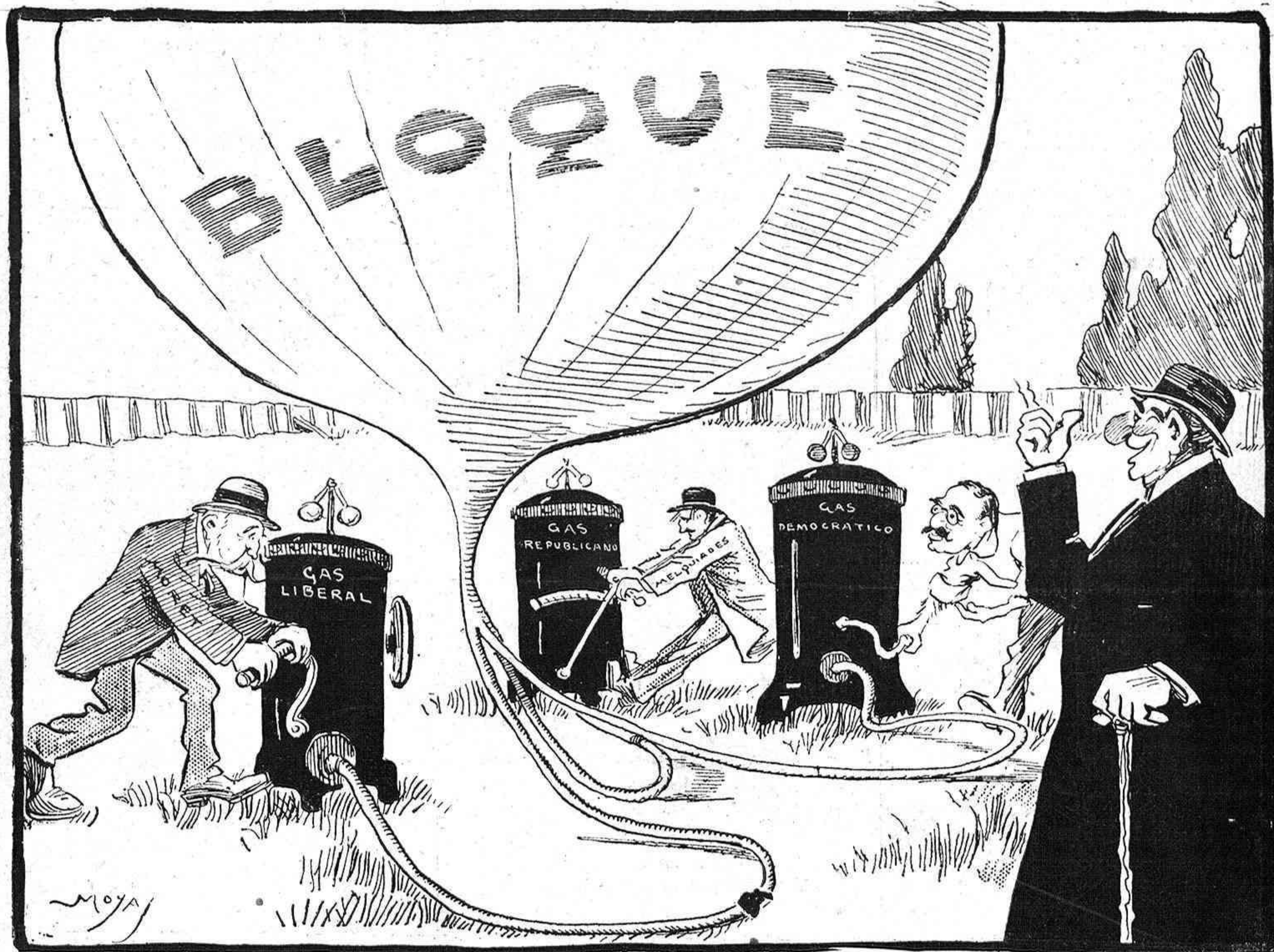
—¡Es lo que yo digo! ¡No debe negarse la paternidad á lo que sale de nuestra pluma!

—¡Ahí tienes á Maura! ¿Ha negado que el proyecto de Régimen local es obra suya? ¡Pues si lo hubiera presentado en las Cortes como original de un eminente político, vaya una grita que se lleva!

—Pues á pesar de tener padre conocido, no creas tú que se irá Maura sin lo suyo.

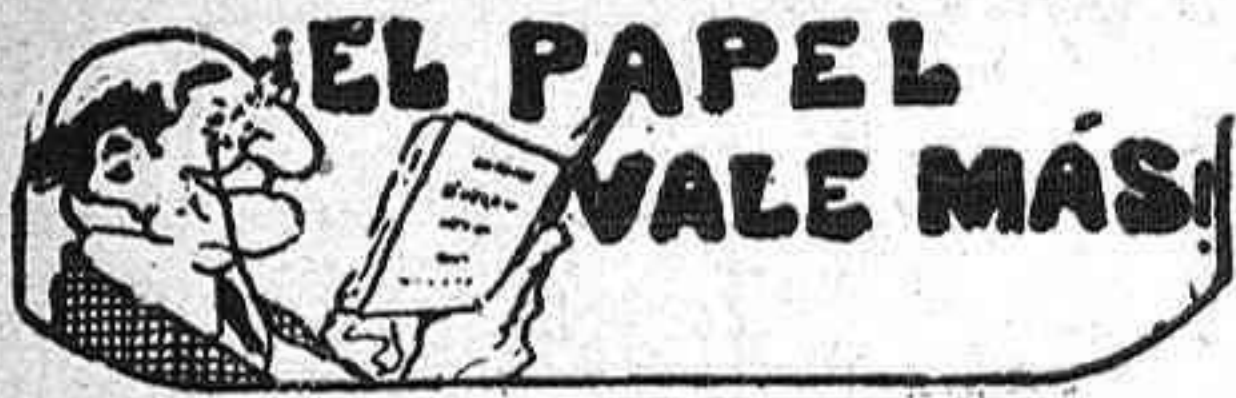
—Sobre todo, puesto ya en *La pendiente* de las mancomunidades.»

No quisimos oír más suponiendo que á ustedes les ocurriría lo mismo.



UN BUEN CONSEJO

GEDÉON.—¡Cuidado, señores...! No le inflen tanto, que acabará por dar un estallido.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Don Francisco Blázquez y Bores, estudiante de Medicina y alumno interno del hospital General, ha escrito un «ensayo de poesía didascálica», titulado *Los microbios y la fagocitosis*.

El título es un poco desagradable, pero la intención no puede ser más excelente.

Sin embargo, como no bastan las intenciones, sobre todo en el reino de las musas, el Sr. Blázquez y Bores nos perdonará si le decimos que su ensayo de poesía didascálica se resiente de falta de ensayos.

No nos referimos á lo didascálico, sino á lo poético. El Sr. Blázquez y Bores demuestra que es un buen alumno de Medicina al hablarnos de esos bichejos asesinos; pero también todo lo contrario como alumno de las nueve hermanas.

Allá va un ejemplo:

«Existe un mundo de seres en el confín invisible, enemigos muy temibles] á pesar de su tamaño, que viene á estar oscilando entre fracciones de micra, y gracias al microscopio conocemos su existencia; sabemos su virulencia porque nos causan dolores; su tamaño y su estructura por los medios de pintura que los tificen de colores, y empapan su igual blancura, ya de tonos azulados, rojos, verdes ó violados, que dan la hematoxilina, ó el azul de metileno ó la clásica fuchina.»

(¡M'alegro de verte gueno!
¡Memorias á la familia!)

Allá va otro ejemplo:

«Tienen grandes secreciones de principios fermentables, que son formas variables para buscar su alimento, y convertir en solubles los principios insolubles en virtud de sus diastasas; hay disolventes de grasas, como es la caseosa; otros forman la glucosa transformando el almidón; otros ejercen su acción por medio de la invertina, que lácticos y butíricos segregan en su campaña, y en azúcar invertida nos transforman la de caña.»

(¡Quién pensara ó quién dijera que los dichosos microbios están en la azucarera!)

Otro, y no va más:

«La estructura es complicada cual de organismos vitales, y al parecer es formada por un complejo armazón, como nos muestran las lentes

con cubierta de excreción; pero fantásticas mentes de algunos observadores, dicen que han visto en colores entre el sutil protoplasma, algo así como hasta el alma de ciertos microzoarios, con sus núcleos solitarios y hasta en mitóticas fases marcándose ya las bases de sus ritmos segmentarios.»

(¡Caracol s qué sorpresa!
¿Si serán los solidarios con las bases d' Manresa?)

No queremos insistir en el descuartizamiento del ensayo didascálico.

Nos alejamos de la sala de disección.

Por estos tres fragmentos, que presentamos en su correspondiente caldo de cultivo, se comprenderá la verdad de nuestra triste declaración.

¡Hay que ver cómo versifica el Sr. Blázquez y Bores!

¡Hay que ver las cosas que dice!

¿No les recuerda á ustedes las de su homónimo, aquel poeta fóreil que parecía que nos hablaba en camelo?

Sentiríamos que se ofendiera con nosotros el autor de *Los microbios y la fagocitosis*, y le recomendamos que estudie un poco de Retórica y Poética si persiste en seguir tan didascálico.

Esto se lo decimos en serio.

Porque creemos que un poeta docente nos está haciendo mucha falta, sobre todo si se dedica á cantar la Medicina, y la higiene.

El último poeta docente ó didascálico que hemos conocido, es el autor anónimo de aquel tanguito que se cantó hace unos cuantos Carnavales:

«En la época presente no hay nada tan convincente como la electricidad...

El teléfono,
el fonógrafo,
el micrófono,
el metecatu chintógrafo,
etcétera, etc.»

Un poeta didascálico nos está haciendo mucha falta.

Aunque fuera este poeta tan sencillo como el barón de Andilla (no menos clásico que la fuchina)... ¡El inolvidable barón que dijo, entre otras cosas suculentas:

«Niña, en la iglesia tu cabeza tapa.
San Sixto lo ordenó, segundo papa!»

Por ahora, no es el Sr. Blázquez y Bores ese poeta.

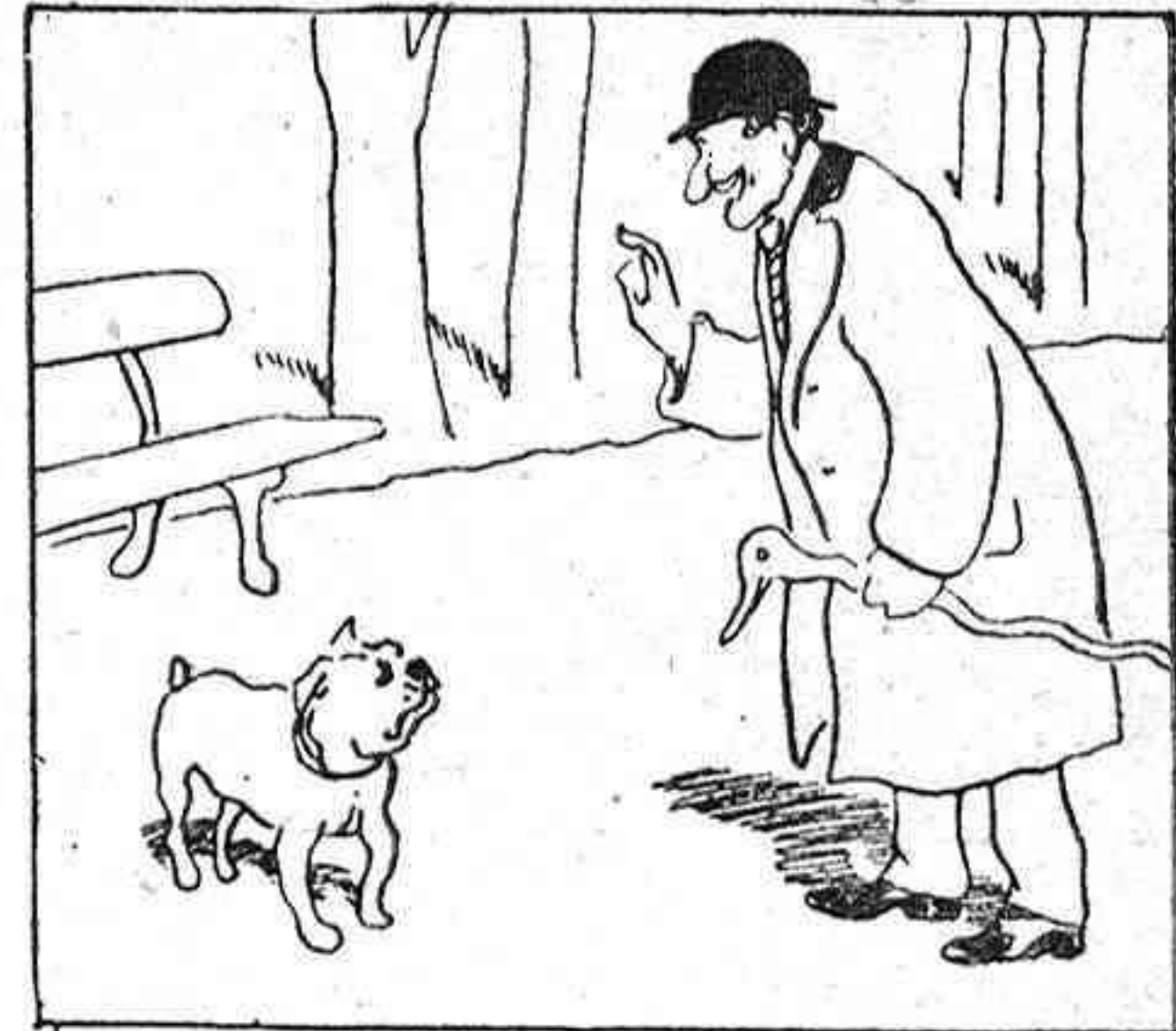
Sólo le hemos encontrado el microbio de la poesía docente en esta quintillita con que termina la *Fagocitosis*, y que resulta muy propia para cantarse á la guitarra en una juerga:

«Si ganan los invasores,
se declara la infección;
si vencen los defensores,
son los trinos cantadores de buena organización.»

¿No les parece á ustedes? Nosotros nensamos cantarla á la urimera ocasión.



EL PERRO DE GEDEON TIENE MUCHA EDUCACION



—Siempre que veas á un personaje, dedícale un saludo respetuoso.



—Figúrate que es este bastón... ¡Arriba!



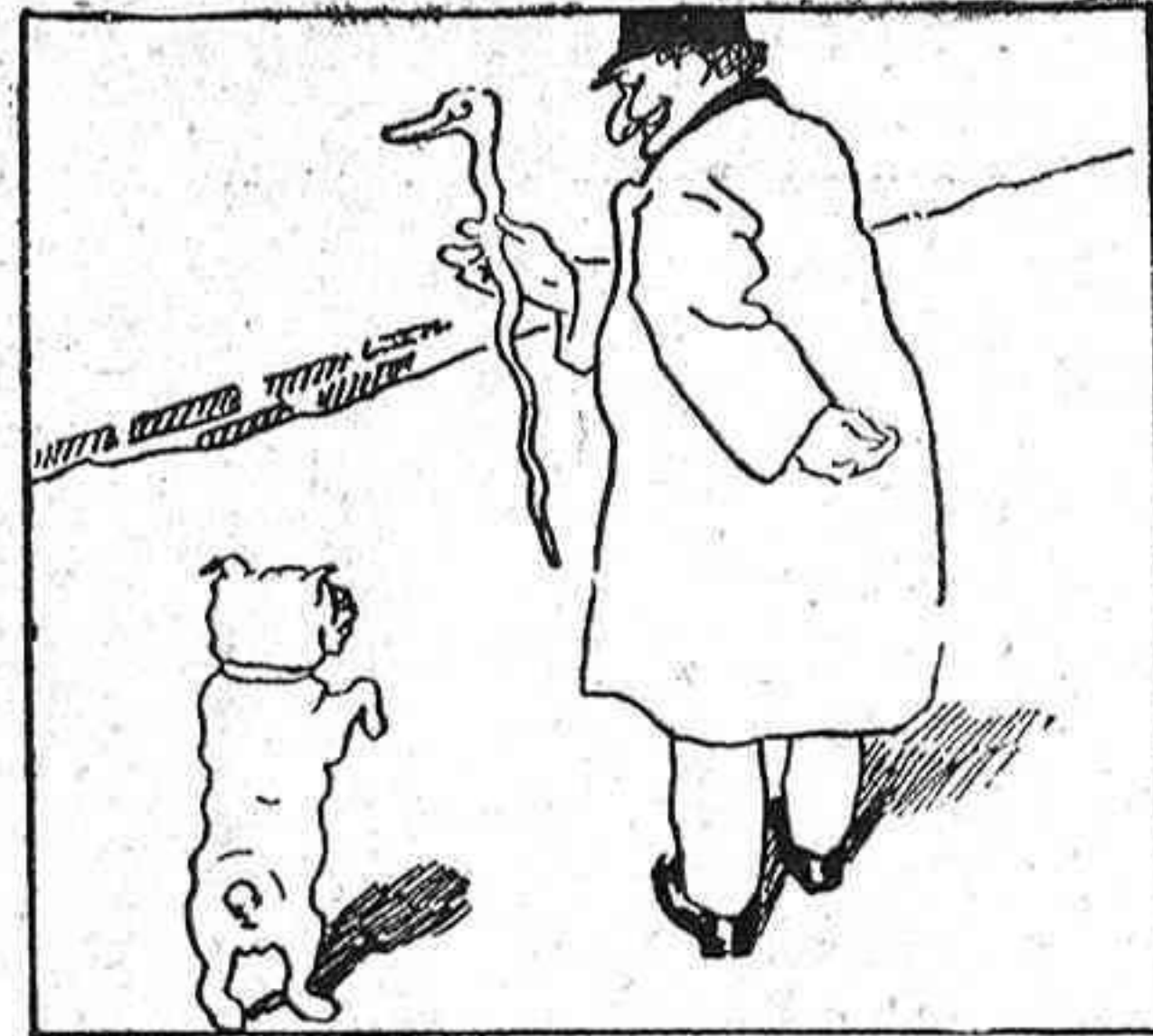
—Vamos... ¡Otra vez!



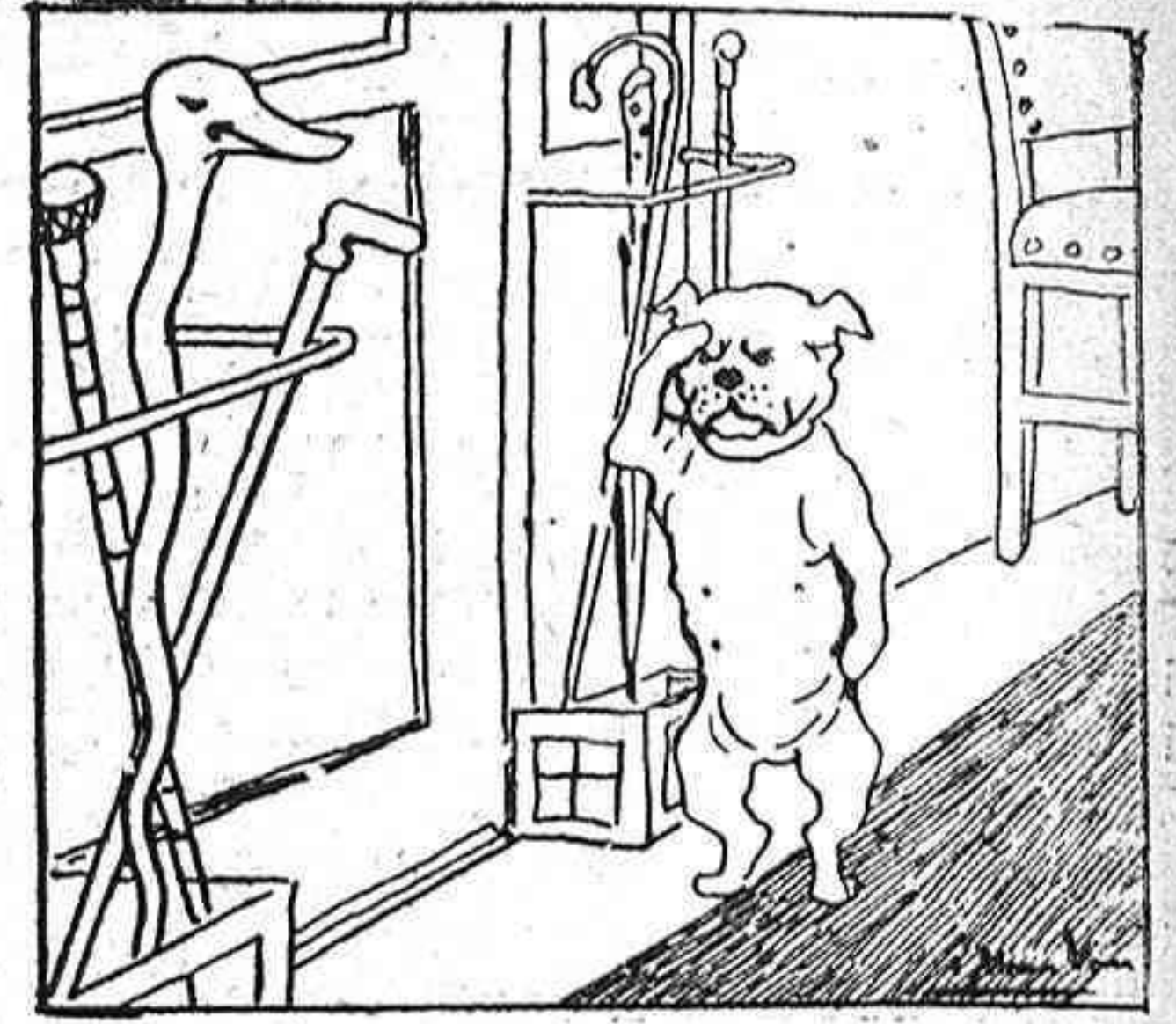
—¡Pero si lo sabes hacer perfectamente!



—A ver ahora... Mucha atención... ¡Prevenido! ¡A saludar!



—Eso es... ¡Muy bien...! ¡Divinamente ¡Eres un hombre!



¡Y ahora saluda al bastón, hasta cuando le ve en la bastonera!

...y armas al hombro

Entre col y col, lechuga.

Aprovechando el paréntesis del debate sobre el proyecto de Administración, hemos pasado un rato muy entretenido orendo hablar de la Vasco-Castellana.

¡Qué cosas se han dicho!

¡Y qué cosas se han hecho, á juzgar por las que se han dicho!



Hasta que la casa Vickers no responda si acepta ó no las modificaciones que se le piden en el pliego de reparos, no sabemos si habrá escuadra.

Esta es la verdad, digan lo que quieran los informadores.

¡Dichoso mortal el que pueda ver los barcos nonatos, ya completamente nacidos!

Esto de la escuadra parece una novela.

Por entregas, naturalmente.



Un poeta catalán, Gabriel Alomar, que vino á Madrid á dar unas conferencias sobre el problema, se volvió á Barcelona sin darlas por la mala impresión que le causó la corte.

Vió sus tristes alrededores, el pobre río, los golfos y los desocupados, y no quiso estar aquí sino unas horas.

¡Qué lástima!

Si hubiéramos sabido su venida, con salir á esperarle en un automóvil escoltado por un público de etiqueta, acaso no escribiría después sus frases despectivas.

Y hubiese dado sus conferencias.

¡Y puede que nos hubieran parecido tan tristes como nuestros alrededores!



El doctor Cortezo nos ha dicho en el Senado una cosa, no por sabida menos desagradable...

Que el agua del Lozoya es vehículo de infecciones, dañosa á la salud y, por lo tanto, perjudicial.

Y he aquí cómo esta declaración resulta un bombo para Sánchez de Toca...

Porque si quiere ponernos contador, á fin de que nos sirva de cuentagotas, ¡mira por la salud del vecindario, aunque nosotros creíamos otra cosa!



Ahora precisamente disponemos de un triste, pero considerable, argumento demostrativo de que el agua de Lozoya colabora en la labor antimadrileña.

¡Hay tifus!

No en los teatros solamente, sino también en las casas y en los hospitales.

Por cierto que las autoridades no saben donde meter á los atacados, que ya no caben en las salas benéficas.

Y andan buscando un local apropiado...

¿Un local para una epidemia?

¡El Parlamento, señores, el Parlamento!



Una comisión de fabricantes de pan ha solicitado del ministro de la Gobernación que se reformen las Ordenanzas municipales en lo referente al peso.

Ellos quieren venderlo al peso para evitarse la responsabilidad de la merma involuntaria.

Por nosotros, que se apruebe esa solicitud Siempre que se vigile también la calidad.

Porque en ésta también puede haber merma.



Y ahora se nos ocurre una cosa muy práctica para castigar á esos furiosos nacionalistas que otra vez dan á entender que quieren cortar las amarras..

¿No es malo el pan?

¿No es mala el agua?

Pues... ¡traedlos á Madrid y condenadlos á pan y agua!



Ha sido elegido académico de la de Bellas Artes el insigne escultor catalán Miguel Blay.

Le han votado sus amigos y admiradores de aquella casa, donde también se encuentra Mariano Benlliure.

Con tan fausto motivo, nuestro querido y admirado Querol también está que bota...



Vuelve á estar sobre el tapete, es decir, sobre el ruedo, la famosa cuestión de los miuras.

¡Gracias á Dios!

Un informador taurino, al dar cuenta del estado del asunto, encabeza sus noticias con este título:

«La unión de los toreros.»

¡Cielos! ¡Otro bloque!

¡Huyamos...!



Telegrama interesante:

«Comunican de Filadelfia que ha despertado allí mucho interés la causa entablada por el escritor Sr. Mountain contra su esposa, espiritista convencida, quien ha confesado que tenía relaciones amorosas con un espíritu que se materializaba únicamente en el momento psicológico.»

Hombre, hombre...

¿Cómo se llamarán esas relaciones por aquellos códigos?

Y eso que el delito es completamente nuevo.

¡Vaya por la materialización!

Tratándose de una espiritista, eso que un espíritu se materialice en el momento psicológico... ¡es de material!



Los que dudaban que Muley Hafid no iba á entrar por los caminos modernos, deben salir de su error.

¡El Sultán de Marruecos es un Monarca á la europea!

¡Y tanto!

¡Como que ya ha sido víctima de un atentado!



Leemos, no sin extrañeza:

«Han sido separados del servicio diez y nueve intérpretes de puertos, que fueron suspendidos en los exámenes últimamente celebrados.

«La separación la ha firmado el ministro de la Gobernación, de acuerdo con el Consejo de Sanidad.»

Nuestra extrañeza proviene de ver al Consejo de Sanidad separando á unos intérpretes.

Aunque en seguida caemos en la cuenta de que los separados no sabían ni un solo idioma.

Es decir, que tenían la lengua sucia.

Es de eficaz resultado en la sordera, lupus y tisis laríngea, el método curativo del especialista D. Alfredo Gallego. Cura siempre ozena (fetidez aliento). Su tratamiento, resultado de más de treinta años de estudio y práctica de la especialidad, es el único que hace desaparecer por completo tan repugnante enfermedad, causa de divorcio. Patente primera, 176. San Bernardo, 18 d.*

PÍLDORAS SALUDABLES

DEL DOCTOR SOL Y ORTEGA

Unicas reguladoras de las funciones estatistas. Laxantes y purgantes del nacionalismo catalán. Evitan cólicos y congestiones solidarias. Desalojan la bilis y cálculos de Prat de la Riva. Combaten el estreñimiento catalanista y despejan la situación.

DEPÓSITO

PALACIO DEL SENADO

SIEMPRE EXCELENTE EXITO

CONFETTI DEMOCRÁTICO SERPENTINAS Y BOLSAS LIBERALES

LA CASA MAS ANTIGUA y DE MEJOR FABRICACION

Se remiten bloques á provincias

Representante: **DON SEGIS**

TESORO DEL ESTÓMAGO

LA VASCO-CASTELLANA (Marca registrada)

Tónico-digestivo para consejeros que hayan perdido el estómago y algo más. Poderoso purgante para los accionistas.

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto. Alvarez Gómez, Peligros, 1 duplicado.

Caridad literaria

La implora con apremiante necesidad, y en situación ridícula, un eminente literato con tres actos en **LA PENDIENTE**.

Dirigirse al

SALON NACIONAL, donde, por lo menos, darán razón de lo ocurrido.

COMPRE USTED

LOS MIÉRCOLES

EL SEMANARIO ILUSTRADO

ACTUALIDADES

INFORMACIONES FOTOGRAFICAS

DE TODO EL MUNDO

IMPRESION ESMERADISIMA

SOBRE PAPEL ESTUCADO

NOVELA ENCUADERNABLE CON

ARTISTICAS ILUSTRACIONES

PRECIO, **20** CENTIMOS

EL NUMERO EN TODA ESPAÑA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España: trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 5 pesetas; año, 9 pesetas. Extranjero: año, 15 francos. Oficinas: Calle de Sevilla, números 12 y 14, MADRID